

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año X

Barcelona, 27 de Julio de 1899

Núm. 453

EL PRIMER BAÑO



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



I. — Por fin me he decidido
á darme el primer baño,

aunque con cierto miedo,
porque sé que no nado.

También en Nueva-York hay piedras.
Quiero decir que también los yankees son tan divertidos como nosotros, y á lo mejor ¡zas! la emprenden á pedrada limpia con los tranways.
Sólo que allí, por lo visto, todo lo hacen en grande, desde los acorazados hasta las pe-

EL PRIMER BAÑO



II.—Pero tiene atractivos
tan grandes, que no es raro

que esté siempre la playa
llena de aficionados.

dreas: y la broma no se ha reducido á romper faroles y cristales para que reclamen los extranjeros, sinó que se ha encaminado, principalmente, á tumbar personas y dejar llenas de heridos las calles. Ahora comprendo por qué dijo un orador (de los que están llamados á grandes cosas) burlándose de los norteamericanos, á raíz de la paliza que no les dimos:

—Anda, que buena les cae, no gozarán en paz de su conquista.

Voy á decirles en secreto lo que les ocurre á esos señores; es una ley—no sé si revelada,—que una manzana podrida, puesta en contacto con media docena de manzanas limpias, pu-

dra á las demás. Eso mismo ocurre en todos los órdenes de la vida: lo malo se pega siempre, y produce estragos, y lo que más influye en las razas conquistadoras es el buen humor de los conquistados. Esta filosofía me la enseñó á mí un chico muy listo que aprendió matemáticas con Villaverde.

¿Qué se creían los yankees, que era muy fácil apoderarse de Cuba y Filipinas? ¿que no había más que extender un decreto para que dejasen de ser españolas?

¿Sí? Pues ahora verás donde fué Troya. Hasta en eso del decreto están á la altura de un ministro Silvelista, y prueba que poco á poco irán convirtiéndose á nuestras mañas, de modo que al cabo estén como nosotros, divertidos, siempre alegres, siempre á punto de solfa.

Por lo pronto, ya han aprendido á levantar barricadas y á organizar juergas tan pacíficas cuanto sangrientas. Parece que fué aquello una especie de tarántula, que puso en movimiento hasta los vecinos, haciéndoles disparar proyectiles sobre los transeuntes.

Y aquí entran las aplicaciones de la historia, con su indiscutible filosofía.

Los yankees dejarán de ser yankees para convertirse en españoles.

EL PRIMER BAÑO



III. - Siempre se ve algo bueno
y se disfruta en tanto

que puesta en el columpio,
se va una refrescando.

¡Cuando digo yo que las cosas de este mundo no son como parecen nunca, sinó como son! ¿Quién iba á decirnos que lo que tenía trazas de derrota se nos iba á convertir en imponderable y colosal triunfo? ¿Y qué importa haber perdido los kilómetros cuadrados que hemos perdido, si nos encontraremos de golpe con un aumento *fraternal* de 68 millones y pico de habitantes?—Vaya un día para el Villaverde futuro que le siga por el camino de los impuestos sobre las utilidades, metiendo al fisco de hoz y de coz en el bolsillo particular.

EL PRIMER BAÑO

★
★



IV.—Haciendo que se pesca,
se pasa bien el rato

y puedo asegurarles
sin miedo de engañarlos.

Y á propósito.
Es decir, á propósito de eso, y á propósito de la visita de los franceses, y no digan que no tienen que ver ambas cosas, porque también es cuestión de bolsillos, ó de ganancias, y además por lo que contaré.

La otra noche iba por esas calles un grupo paseando y vitoreando una bandera francesa. Los vítores se fueron extendiendo, extendiendo hasta dar contra los presupuestos y contra los regeneradores.

En la plaza de Cataluña el entusiasmo subió de punto. Daba allí un pobre ciego unos solos de clarinete á los parroquianos del café Continental, que eran de oír. Bueno, pues ver la bandera (digo, no sé como la vió puesto que era ciego) y ponerse á tocar la marsellesa fué todo uno.

Paráronse los manifestantes, descubriéronse, y entonaron á coro el férvido y sugestivo himno de Rouget de Lisle. Los aplausos y los vivas enardecieron al del clarinete y repitió con toda la fuerza de sus pulmones las notas en cuestión.

Al terminar se quitó él su sombrero y tuvo la humorada de pedir li-

mosna. Y aquí entra lo gracioso: el grupo se disolvió como por encanto. Lo que no pueden conseguir los polizontes lo consigue un infeliz ciego, convirtiendo su sombrero en sable.

Aprovechen la lección Silvela y Polavieja: en cuanto haya manifestaciones desagradables, encierren á las fuerzas públicas, y en lugar de un batallón policiaco suelten contra la multitud un batallón de pobretería.

Verán cuán fácil es dispersar á las gentes.

CLAUDIO UGENA

EL PRIMER BAÑO



V.—Que al fin de la jornada
siempre se pesca algo,

si no es un pez un novio
que es igual para e caso.

El espejo del porvenir

Una madre tenía un hijo á quien quería entrañablemente. No se cansaba de acariciarle, ni de mecerlo en sus rodillas; cuando lloraba se afligía, se alegraba si le veía sonreír y el día en que le vió alargar á ella sus manecitas llamándola ¡madre! le pareció que su dicha era completa.

Sin embargo, á veces le preocupaba lo porvenir de su hijo, y esta idea llegó á asediarla en térmi-

nos que acabó por pedir sin cesar al rey de los genios que recorriera para ella el velo que ocultaba el destino del infante. El rey desoyó largo tiempo tan imprudente súplica; mas al fin confió á uno de sus mensajeros aéreos el espejo en que los espíritus celestes consultaban lo futuro.

Cuando el mensajero bajó á tierra con el resplandeciente objeto, el niño dormía en su casa y

EL PRIMER BAÑO



VI — Y después que en la playa
de vernos se cansaron,

marchar á que las olas
vengan á acariciarnos...

la madre, sentada al borde de un abismo, continuaba sumida en sus recelos. Creyóse aliviada de toda pena cuando tuvo en sus manos el mágico espejo; mas no atreviéndose á mirarlo desde luego, desfalleció su corazón, cerró los ojos, y creyó ver á su hijo dormido, sonriente, mientras un rayo de sol parecía jugar con sus blondos cabellos. «Nó,— exclamó,— no quiero saber nada. Si ha de ser desgraciado, su triste suerte me haría la vida demasiado penosa. Si feliz, tal vez no quedaría satisfecha, y aun quisiera ignorar que llegará día en que suba y sea hombre; porque entonces ni le podré mecer en mis rodillas ni llenarle de besos como hoy. Sí, prefiero ignorarlo todo.

Pero por un secreto impulso, entablóse violenta lucha en su espíritu; cuanto más se resistía á penetrar en la misteriosa y tentadora visión de lo porvenir, más grandes eran sus deseos de sorprender el singular horóscopo. «¿Será bueno?» «¿será malo?» Y volvía y revolvía el espejo devorada por terrible inquietud.

Tuvo un momento de vacilación en que casi quedó vencida por la inclinación curiosa, particular en las mujeres: era preferible salir de dudas; recordaba las noches de insomnio pasadas pensando en lo que sería de su hijo cuando ella muriera, y ya iba á cumplir el antojo cuando pensó: ¿y si le miro muerto de la más desastrosa muerte? Parecióle verle colgado de una horca. Dió un grito de angus-

tia, y el niño despertó. Miró á su madre y sonrió dulcemente: — No lo quiero saber, nó » Y así diciendo, rompió el espejo, arrojando sus pedazos al abismo. Desde entonces los espíritus desconocen lo porvenir de las personas: han perdido todo su poder, y si nos hacen algunas predicciones, es tan sólo para mofarse de nuestra credulidad.

EL PRIMER BAÑO



VII.— Aquel tonto me mira con aire amelonado.

ya hay novio ¡qué bien hice en darme el primer baño!

Stebbing

Afeitado por el maestro

No hay nada que abunde tanto por esos mundos de Dios como gente que haga la barba al género humano; y conste que no cuento entre ella á la mayor parte de nuestros hombres políticos, cuyo único oficio parece ser el de afeitarse en seco al país.

Me refiero, nó á los que nos toman el pelo, sinó á los que le cortan con todas las reglas del arte, nos hacen ricillos tostados ó sin tostar, como los cañamones, y nos despojan de barba, patillas, bigote y hasta de alguna que otra piltrafa de carne, mediante un módico estipendio y la correspondiente propina.

Cuando el diablo no tiene que hacer, con el



Susana en el baño.

rabo mata moscas, y por lo visto, cuando el español no sabe qué hacerse se dedica á afeitarse al prójimo, no con el rabo, por carecer de tan útil apéndice, sinó con sus manos pecadoras y la reluciente y tajante navaja: sólo así se explica el creciente aumento de peluquerías y barberías, de lujo y económicas, en tienda y en piso, donde se rinde culto al arte de los Sisí y los Pinta, de los Duch y los Pepes.

La abundancia de tales establecimientos ha originado una feroz competencia entre sus dueños, y ésta, como todas las competencias, ha abaratao el precio de los servicios. Antes no había más que peluquerías de dos reales y de á real, es decir, donde por aquellos se cobraban estas cantidades. Ahora hay peluquería donde por un real cortan el pelo y limpian las botas; en otras se ha rebajado la tarifa á tres perros chicos, y si se continúa por el camino emprendido, llegará día en que por un perro grande dejen convertido en dandy á cualquier Ramasama y le regalen además un plato de estofado... hecho, por supuesto, con carne de las víctimas sacrificadas anteriormente. Por lo menos, es seguro que pasará á la realidad el cuento de aquellos gatos que mayaban espantosamente en torno del parroquiano, esperando hambrientos los pellejitos que solía arrojarles benéfico el rapa-barbas.

Yo soy poco amigo de mudanzas y variaciones; pero un día, tentado por un gran letrado en que se anunciaba: *servicios á quince céntimos*, dije para mí:

—No son malos de ahorrar media docena de perrillos.

Y entré en la tienda dispuesto á cortarme el pelo, afeitarme y lavarme la cabeza, es decir, á que me hicieran *ambas á tres* operaciones.

El establecimiento que olía á unguento amarillo y á aceite fabricado con las bellotas que dejó sobrantes el cerdo de San Antón, estaba lleno de gente.

Traté de huir, pero fué inútil.

Uno de los mancebos que estaba dando pomada á un parroquiano, se volvió hacia mí, me cogió por las solapas de la americana, me sentó de golpe en la única silla vacía y me dijo con amable sonrisa, pero en tono amenazador:

—Es cuestión de un momento. No se marche usted, porque perdería el turno.

Desgraciadamente tenía cerca de mí un periódico, lo cogí, me puse á leer y no me di cuenta del tiempo que pasó, ni llegaron á mis oídos sinó como un rumor vago el ruido de las maquinillas, el chirriar de las navajas y los ahogados gemidos de los pacientes.

Al concluir la lectura me llegó la vez.

—Vamos, no se quejará usted, — me dijo el sacrificador que me tocó en suerte. — Yo mismo, el maestro, voy á afeitarte.

Y me afeitó: ¡Vaya si me afeitó! En toda la extensión de la palabra.

Al indicar yo lo que deseaba, dió comienzo por la operación de cortarme el pelo, en la que apenas empleó cinco cuartos de hora, nó por falta de práctica ni por sobra de esmero, sinó porque interrumpió la tarea sobre cuatrocientas veces, ya para saludar á los parroquianos que entraban ó salían, preguntando á aquellos por su salud, por la última corrida de toros, por el empleo que habían dado á su tiempo desde la última visita, y dando á los otros sanos consejos, ó deseándoles toda suerte de felicidades; ya para cambiar monedas, ya para hacer observaciones á los dependientes, ó para dirigirles miradas furibundas ó frases amenazadoras cuando dejaban caer un peine ó lanzaban sobre la cabeza de un cliente cuatro gotas de aceite más de las reglamentarias.

Al fin me dió por suficientemente esquilado y pasó á la operación del rasuramiento. ¡Qué jabón aquel! Todavía tengo el tufillo en las narices. El maestro me embadurnó la cara y se disponía á descañonarme cuando á un chiquillo de la calle

se le ocurrió lanzar una piedra contra los cristales de la barbería.

Aquel hombre perdió los estribos, lanzó la navaja, soltó un terno y salió escapado tras del granuja, dejándome con el rostro lleno de jabón y experimentando el dulce cosquilleo que producen las burbujas de éste al deshacerse.

Un cuarto de hora después reapareció el maestro jadeante, sofocado, temblón; cogió la navaja con nerviosa mano... ¡y aun me tiemblan las pocas carnes que me dejó cuando recuerdo lo que ocurrió después!

Salí escapado y renunciando al lavatorio, apenas terminó mi suplicio. Llegué a casa de mi novia, y ésta, lanzando un grito, exclamó:

—¡Jesús! ¿Con quién te has peleado que te ha puesto así?

Y añadió tapándose las narices:

—¡Uf! Hueles á algo así como cerato simple...

¡Cualquier día vuelvo yo á pensar en economías cuando trate de cortarme el pelo, ni á dejarme afeitar por el maestro!

BLAS QUITO



—¿Pero qué te apura, mujer?

—Que cumpla los cuarenta y no me puedo bañar...



Gira alegre.



Al coche.

Cuentos y chascarrillos

Al pastelero Jacobo robaron el otro día cien pasteles que tenía. Creyéndole autor del robo, prendieron á un caballero; y cuando le registraron, solamente le encontraron dos *bollos*... en el sombrero.

Queriendo que le informaran del pintor Antonio Luna, á un sujelo amigo suyo, Juan le hacía estas preguntas: --¿Su dibujo es bueno?— Sí —¿No tiene faltas?— Ni una. —¿Y qué tal factura tiene de color?— Oh! De *facturas* tiene un montón. —¿Cómo!— Sí; pero no paga ninguna.

Restituto Pérez es un chico muy diligente, pero que constantemente está haciendo el oso á Inés, que es su novia; por lo cual

si al hablar de él dice alguno: —¿Es *perez-oso*?— don Bruno responde al punto:—Sí, tal.

Es hombre tan avariento el usurero Patricio, que si presta algún servicio... es al cincuenta por ciento.

—¿Conque la tienda de medias de Gil, ha sido incendiada? —¿Y se ha destruído?— Toda. —Pues lamento la desgracia! ¡Pobre Gil! ¿Y qué hace ahora? —Pues vender *medias tostadas*

Antonio me ha dicho que no puede ver á Matea. —¿Cómo! ¿A su esposa? ¿Es posible? ¿Que no se aman y se aprecian? —Sí —¿No es ella laboriosa y honrada?— Sí que es muy buena. —¿Han tenido algún disgusto? —Nó —¿Han reñido?— Que nó, eal —Pues entonces ¡voto al diablo!

di, ¿por qué no puede verla? —¡Tomal Porque él está en Cáceres y elta vive en Cartagena.

—No hay entre los escritores festivos, puedo jurarlo, dos que tengan tanta *chispa* como mi amigo Leonardo. —Tiene mucha gracia ¿eh? —Nó, es que está siempre borracho.

—Mira si será mañoso el pobre don Nicolás, que viendo que la estación calurosa estaba ya en puertas, y no teniendo dinero con qué comprar un traje para esa época, coje uno de invierno, va, y hace al mismo de verano. —¿Sí? ¿Y cómo hizo cosa tal? — Abriendo en los pantalones una raja por detrás.

ADOLFO SÁNCHEZ CARRERE



En marcha.



—,Qué bien se es!á sin test'gos!

Curro Vargas

II

Literariamente el libro es malo, y lo es por distintas razones: citaré en el transcurso de este apunte las más importantes y valederas; sin disputa, Curro Vargas ha adquirido notoriedad gracias al pleito que se entabló á raíz de su anuncio, y sin esa nota, que es nota de escándalo, la obra figuraría en el cartel... como una zarzuela más, de las que halagan al público cuando no se le obliga á conceder aplausos inverosímiles.

Hay dos teatros y hay dos públicos: es decir, hay una línea divisoria, y ciertamente tirada á cordel, tratándose de representaciones escénicas: y el talento del público estriba en manifestarse vario según se le invite á la admiración ó al deleite: al goce estético, ó al goce *emocional*, y según se dirija la descarga á su inteligencia ó á sus nervios, que así juegan cuantos explotan el arte, y aun el artificio de la representación, de la traza, de la figura. Es indudable que hay obras bonitas, que en este no sé si llamar concepto de la belleza fácil merecen aplauso, y que en sana doctrina están lejos del elogio; hay obras, en resolución, agradables, que literariamente no son buenas. Entre otras, muchas de Echeagaray (no tienen por qué quejarse Dicenta y Paso), «La Pasionaria, Juan José, María del Carmen»... y conste que cito lo mejor. El pueblo, la *masa indocta*, se contenta con que le proporcionen distracción, solaz; pero esa misma masa, ese mismo pueblo acude con

el *instinto receloso* al *espectáculo*, si por lo que podríamos llamar fenómeno reflejo, cree que se pone en duda su juicio y peligran sus dotes de suficiencia, de reflexión, de tino, de gusto. Entonces ocurren dos casos verdaderamente excepcionales: ó el auditorio extrema su actitud, mostrándose duro y soberbio en la censura, ó afina hasta tal punto sus facultades *emotivas* que recoge aun aquellos sutiles y nimios recursos del ingenio propios de almas superiores, racionalmente inasequibles á los grupos heterogéneos, indisciplinados, á veces de moral irreconciliable con la filosofía que celebra en las tablas. Sin esto, ¿cómo triunfaria Shakspeare, cómo triunfaria Calderón, cómo merecerían beneplácito, andando el tiempo, entre nosotros, por encima de Dumas y Sardou (punto indiscutible y ciego es quien lo discuta) Ibsen y Sunderman? Tendríamos si no que dar al público fábulas entretenidas, de las muchas que aplaude, sólo porque en ellas no se le exige sinó que pase el rato agradablemente, sin que se le ponga contribución á su riqueza afectiva por recursos indirectos, por los intelectuales; sin obligarle á afinar el alma... Podría citar aquí ejemplos no-



Si estas niñas no son soles,
juro que les falta poco;

con ellas va la alegría
resplandor en sus ojos.



Con ganas de juerga.

tables, de que prescindo para no dar armas á los torpes: mi propósito ahora no pasa (pues esto me conduciría á un estudio profundo y grave) del extremo que estriba en probar como no es buena una obra por el solo hecho de que la acepten las empresas, de que se repita en el cartel y de que la aplaudan las gentes. Nó, el aplauso del público no mejora siempre la discreta labor del artista, como ocurre, y perdóneseme la repetición en el «Juan José, drama del cual dijo con frase feliz Leopoldo Alas que era un éxito de taquilla.

Curro Vargas está... en el límite de esas obras que yo considero bonitas y agradables. Ni siquiera puede aplaudirla y aceptarla el auditorio como modelo en su género: lástima es que no podamos hacernos fuertes con la experiencia en estas cosas; pero si Alarcón no hubiera escrito el «Niño de la bola» (y por tanto carecería Curro Vargas de muchos elementos de popularidad), y si á Curro Vargas no hubiesen puesto Chapi música, y parte del *escrito* Dicenta, la zarzuela habria parecido al público y á los revisteros... lo que he dicho antes, una zarzuela más, para salirme de las comparaciones, inferior á muchas de las zarzuelas aplaudidas y de repertorio. Y esto es tan cierto, que los mismos autores se han dado prisa en abusar de su prestigio y del que pudiera prestarles la fama del novelista, aunque en la hora del conflicto le negaran como negó San Pedro á Jesús. Pero ¿qué digo? Mi afirmación es más rotunda: Paso y Dicenta no habrían *versificado* su Curro Vargas, sin tener á la vista EL NIÑO DE LA BOLA, á pesar de ese romance en que hacen hincapié los gacetilleros... literariamente irresponsables por ser anónimos y por su falta de cultura. (Y conste que no hablo de prendas personales sinó de las que al escritor añade el estudio y suficiencia de su arte.) No ofendo: es otra la educación de que se trata.

A mí no me importa que el origen de la acción se pierda en la obscuridad de una leyenda, muy popularizada en Andalucía; no pongo en tela de juicio que Paso, andaluz, haya oído, como lo oiría don Pedro Antonio, referir al vulgo las fechorías y las extravagancias del niño Manuel, con el lúgubre y escandaloso asesinato que las remató: eso pudo muy

bien ser, pero es excusa baladi, inocente para el caso: en el *hecho* está lo de menos y aun lo malo, (malo de verdad) que ofrecen la novela y el drama lirico. Como dijo el otro, en el pleito hay más, y en las obras también: no se trata del hecho simple, sino de la fórmula compleja adoptada por las dos partes para explicarlo, para darle condiciones extrínsecas: en una palabra, de la acción y de los caracteres, del elemento humanidad y del medio ambiente en que se produce. Y ahí es donde yo queria coger á los que han alborotado con la inaudita y extraordinaria aventura del romance. Porque diganme, ¿se ha visto nunca que la tradición, aun concediendo cuantas virtudes de gracia y cuantas bellezas de fantasia se puedan otorgar á la hipérbole del vulgo, reuna los elementos psicicos que suma un artista como Alarcón para componer su tela de araña? ¿Pueden tener nunca idéntico desarrollo un romance y una novela? ¿Qué ha copiado, pues, Alarcón del romance, si copió, que no es cosa segura? Nada, absolutamente nada: el hecho simple, y como he dicho, lo que menos importa en la novela. ¿Qué han copiado Paso y Dicenta del «Niño de la Bola»? Todo. Hasta la *mecánica* de que se vale el novelista para armar sus tablas y hacer que se agiten en ellas los tipos, sujetos á las mismas combinaciones (no me atrevo á escribir «leyes», porque tampoco en la psicología de don Pedro Antonio hay tal). ¿Qué pruebas aduciré para justificar tan *imperiosa* conclusión? ¡Ah, Dios mio, y que no costara más esfuerzo que éste desbaratar y deshacer la fortaleza del enemigo en toda lucha! ¡Qué pruebas! Ya dije que no tenía sino soplar para que se viniera al suelo el castillo de naipes. Ahí vá el soplo: los señores Dicenta y Paso conservan en Curro Vargas, *todos, absolutamente todos los vicios y defectos* del cuadro de Alarcón. ¡Un primer poeta y un héroe de la literatura incurriendo en las incorrecciones del modelo que imitan! Si no hubieran hecho más que coincidir ¿cómo es posible que llevaran hasta ese punto la fidelidad en la copia y el respeto al autor? Y no me vengan con arterias, con lo que pudiéramos llamar anuífrasis por extensión, tratándose de gacetilleros ramplones y maliciosos: nó; Curro Vargas se parece á Manuel Venegas como se parece toda persona á sí misma; los autores de la zarzuela no han hecho más que officiar de obispo y confirmarle, sin que se eche de menos el bofetón que le propinan, ciertamente con mano pesada y firme, á lo último. Comete Curro los disparates y las torpezas que Manuel en los mismos momentos, (al modo como los trazó y dedujo el novelista), y estándole permitido, al revés de lo que ocurre en la existencia humana, pasar dos veces por los trámites de su pasión no se enmienda ni corrije: es el matachín impenitente, que tiene á raya á todo un pueblo y á todo un pueblo preocupado y distraído con sus impetus de fiera voluntariosa é inverosímil; es el mismo amante platónico que no sabe



Criticando á los bañistas.



El arrastre.

conservar el fuego sagrado y que evapora el perfume pasando brusca y estúpidamente de la abnegación al crimen en el propio y preciso momento en que la entrega del idolo le incita á ser generoso: todo igual que en la novela, y con iguales artificios, y con la misma gradación: no mata cuando más sublevado siente el instinto y el recelo del macho herido en su orgullo, cuando su sér se enciende en odio y le ahoga la sed inextinguible de las venganzas bestiales; mata cuando siente el encanto y la alegría de la vanidad satisfecha por la entrega del amor. En la crisis suprema, nada justifica el arrebató loco: al definirse el conflicto, Curro Vargas debe inclinarse al bien ó al mal: al bien perdonando, llevándose pura, con el recuerdo de la inefable dicha gozada en el minuto inmedible, la esencia de aquel cariño, que recobra cuando le ve anulado para siempre, cuando el cura domeñándole, le quita toda esperanza á la satisfacción de su duelo; al mal aceptando á la mujer amada tal como se le brinda y ofrece, amante, adúltera. Un amor noble, sublime no puede caer así en los espasmos de la carne, en las miserias humanas, conformes; pero entendámonos: en Curro Vargas, lo mismo que en el Niño de la Bola, no se trata de un alma superior, de un carácter entero y varonil: se trata de un cascarrabias, tonto de capirote, digno de la mujer vulgar, ruin y necia que le obliga continuamente y hasta el desenlace á reñir con todo: hasta con el sentido común: tipos así, en que no hay elevación, en que faltan cuantas virtudes y cuantos rasgos forman los caracteres, no tiene nada de particular que den al traste con todo lo que se oponga á sus deseos: lo más lógico es que huyan, si tienen alientos para huir, y si deben tenerlos, según los pintan Alarcón, Paso y Dicenta, como se escapan las mujeres culpables de la casa de sus maridos. Esto no sería moral, pero sería más cierto y más humano, aunque tuviera que reñirse con la tradición y prescindir del trágico abrazo, que los señores Dicenta y Paso han substituído, con buena fe admirable, por un apretón de dedos.

¡Y qué apretón, señores! Probaré en un aparte último, entre otras cosas que estimo pertinentes, este desastre final.

J. F. Luján.

Desencanto

Para labrar tu estatua
hubiese yo querido,
ya mármol del Pentélico,
ya bronce de Corinto.
¿Mas cómo darle vida
—falsa deidad!—si he visto
que no hay en tu alma yerta
ni un átomo divino?

VENTURA RUIZ AGUILERA

Rasgueos

Me comparas á un guijarro
y me has dado con el pie,
¡Ten en cuenta que la piedra
puede obligarte á caer...!
No llores, madre querida
y deja que te abandone,
¿Que el agua en estando quieta
ya ves tú que se corrompe...!

MORENO



Tras del fruto prohibido.

La leyenda de Upsal

Apenas hay ciudad, y, sobre todo, si es del Norte de Europa, que no tenga su leyenda particular. La que narramos á continuación es una de tantas como ha conservado la tradición en las brumosas regiones de la Escandinavia.

Upsal es una ciudad de Suecia, que tiene hoy 20,000 habitantes, y está situada á 71 kilómetros al N. de la capital Stockolmo. A su universidad, que es la primera del sueco-noruego, acude gran número de estudiantes que van á aprender anatomía, física, botánica ó teología, y por cierto que los teólogos de Upsal son unos sabios, como lo prueba el que hace muchos siglos que el diablo trata de convencerlos sin haberlo conseguido todavía: al menos así lo dice la leyenda.

Es de saber que en Upsal sopla de continuo un viento huracanado que hace contraer á sus habitantes toda clase de resfriados y reumatismos. Así es que no se oyen más que estornudos, y todo el día lo pasa la gente estornudando y diciendo: ¡Jesús!

Y sin embargo, parece que en otro tiempo la atmósfera de Upsal era la más tranquila del mundo; allí no soplaban la menor brisa, y eran desconocidos los faroles, pues toda la gente salía á la calle con lámparas ó bujías, sin temor de que se les apagasen.

Pero llegó un día en que esto cambió. Dios echó de ver que había olvidado á Upsal en la distribución de los vientos, y al punto llamó á una brisa, bastante fuerte por cierto, pues pensó que debía una compensación á los pobres habitantes de Upsal por haberlos tenido tanto tiempo privados de ella.

Acertó á pasar el diablo cuando Dios daba sus órdenes á la brisa, y pidió á su amo y señor licencia para acompañarla. Concedido el permiso, la brisa y el diablo emprendieron la marcha juntos, siguiendo la línea más recta.

El espíritu maligno había concebido un plan como suyo: hacía mucho tiempo que los teólogos le daban mucho que hacer: sus argumentos eran tan sólidos, tan convincentes, que los buenos upsaleses no tenían nada que replicar, y observaban una conducta ejemplar, de suerte que había años en que Satanás no ganaba un alma. Esperaba, pues, conseguir que terminara tan desagradable estado de cosas, convencer á los teólogos y conquistar á Upsal; pero contó sin la habilidad de los benditos.

Cuando los dos viajeros llegaron á la ciudad, creyendo el diablo que le bastarían algunos minutos para reducir á los teólogos, rogó á la brisa que le aguardara y entró en la ciudad: mientras tanto la brisa se puso á soplar en el sitio en que estaba.

Como su compañero tardara en volver, dió la vuelta á la ciudad. ¡Vana empresa! Después de la primera vuelta, dió la segunda, y la tercera, y el diablo no volvía. Días, meses, años, siglos han transcurrido, y la brisa continúa soplando á más y mejor sin ver llegar á su compañero de viaje.

A estas horas el demonio no ha conseguido todavía convencer á los teólogos de Upsal, no ha salido de la ciudad, y la brisa prosigue su eterna peregrinación alrededor de ella.

Y hé aquí por qué los buenos vecinos de la población sueca no cesan de estornudar.



El baño de las hadas.



Venus moderna.

Hojas de un album

¿Qué quieres que te cante? ¿Qué quieres que te diga?
Yo para complacerte quisiera ser un Dios;
ahora que estamos solos, hermosa y dulce amiga,
mis cantos y mis cuentos serán para los dos.

Te cantaré muy quedo, me acercaré á tu oído
para que nadie escuche mi plácido cantar:
si te agrada, más gloria jamás habré tenido,
ni mejor auditorio me volverá á escuchar.

No quiero que se ensañe del vulgo la malicia
en criticar las cosas que yo voy á decir,
ni á nadie quiero darle la sin igual delicia
que mis mejores cantos pudieran producir.

Henchido de deleite, radiante de entusiasmo
mis versos y mi prosa para ti compondré;
trabajador y alegre saldré de mi marasmo,
y en sublimes estrofas tu amor bendeciré.

No sabe ni palabra, no está ducha la gente
en achaques sublimes de arrebatado amor.
Hablemos quedo, niña, no pienses inocente
que ha de agradarle á todos que yo sea tu cantor.

Las grandes creaciones, las ardientes ideas
desde ahora las dedico todas juntas á tí;
deseo, hermosa mía, que tú tan sólo seas
la que sepas lo poco de grande que hay en mí.

Pues para tí yo vivo, el mundo no me importa;
yo para darte gusto quisiera ser un Dios.
Amémosnos, gocemos: la vida es harto corta.
Yo cantaré y mis cantos serán para los dos.

Voy á contarte el cuento de los amores
de aquellos jovencitos, que de dolores
tristes murieron;

A decirte las penas por qué pasaron,
á recordar las lágrimas que derramaron,
lo que sufrieron.

Pero si ésta mi historia te causa enojos,
si ha de anublar el llanto tus bellos ojos
manda que calle,
que pues está la pena siempre en acecho,
no quiero que afligido sufra tu pecho,
y el llanto estalle.

Si no te aflige mucho, diré mi cuento,
porque es averiguado que el sentimiento
nos ennoblece.

El sentir nunca es propio de almas vulgares;
muchas veces el alma con los pesares
se fortalece.

Pepe y Juana se amaban con tal locura,
que no había para ellos mayor ventura
que idolatrarse;
y aunque siempre anhelantes los dos vivían,
nunca reunir pudieron lo que querían
para casarse.

Los parientes de Juana nunca quisieron
al desdichado Pepe, porque creyeron
que era mal hombre;
y en tanto que la hermosa triste lloraba,
entre mil maldiciones sólo escuchaba
de Pepe el nombre.

La hermosa y triste Juana, que era muy buena,
cansada de la vida murió de pena,
y el pobre amado,
tanto lloró de Juana la triste suerte,
que á poco tiempo vino también la muerte,
y fué á su lado.

No sientas tú, alma mía, los sinsabores
que Juana y Pepe hallaron por sus dolores
en este suelo,
pues, tengo por seguro que Pepe y Juana,
por sufrir los dolores, de buena gana
fueron al cielo.

RAFAEL RUIZ LÓPEZ

MISCELANEA

En uno de los próximos números comenzaremos á publicar la novela corta titulada **LA MODELO**.

Un inglés se puso á comer con voracidad sobre cubierta, en el instante en que todos sus compañeros de viaje y hasta los marineros que tripulaban el buque, en que iba, se disponían con sus oraciones á hacer una muerte cristiana, porque la tempestad arreciaba, y habían perdido todos sus medios de salvación. El capitán, viéndole en tal ocupación, le dijo:

—¿Cómo tiene usted calma para pensar ahora en eso?

—Me parece, le contestó con frialdad, que el que tanta agua ha de tragar, conviene que tome antes alguna cosita para hacer sed.

(HISTÓRICO)

Hablando unos viajeros de las provincias de España, cada cual á su región con gran júbilo alababa. Uno prefiere Sevilla á la capital de Francia; otro al hablarnos de Cádiz se le saltaron las lágrimas; quien dice que Cartagena á Murcia da cien y raya... Y al oír tal un huertano, así exclamó con voz clara: —¡Si *tubia* puerto de mar, ya que el Segura la baña, Murcia fuera lo mejor de *too* la Europa de España!...

—No entres tú en el cementerio,—dijo una mujer á su marido.

—Pero ¿por qué?

—Estás muy demacrado, y podrían detenerme á la salida creyendo que me llevo un esqueleto.

Con el sabio Salomón gustoso me cambiaría, no por su sabiduría sino por la colección de mujeres que tenía.

Los hombres sois demonios;—me decías, estás en un error.

También ángeles hay entre los hombres, ejemplo: Angel Pastor.

A. SERRA CUBELLS.

Murió un hombre de talento, y su viuda tratando de calmar su alma, hizo poner esta súplica en la esquila mortuoria:

Se ruega á sus enemigos que le encomienden á Dios.

Un crítico musical recibe la visita de un señor de 80 años de edad, que le recomienda mucho una alumna del Conservatorio.

El periodista comprende, y la aplaude de todo corazón.

El otro día se encuentra en la calle al viejo, y le pide noticias de su protegida.

Este levanta los hombros, y dice con desprecio. —¿No me hable usted? Me ha dejado. Y ¿sabe usted por quién?... ¡Por un joven!

—¿Y Elena? ¿y tu hermosa jamona?

—No me la nombres; nos hemos peleado. Figúrate que le pedí un rizo de sus cabellos negros, y se resistió diciendo que eso era cursi y antiguo; pero un día la encontré dormida en su butaca, y aprovechando el sueño, le corté el rizo derecho.

—¿Y se enfadó contigo?

—No, quien se ha enfadado soy yo; ayer abrí el estuche en que guardaba el rizo, para dar celos con aquella prenda de amor á otra mujer, y... no quiero acordarme.

—Acaba, desdichado.

—El rizo había encanecido dentro del estuche.

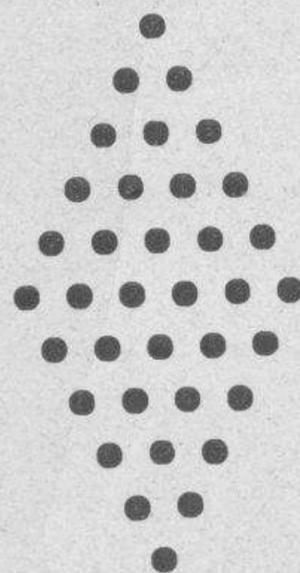
CHARADA

Señora doña Josefa Bermúdez y Quintillana: He recibido su escrito y agradezco sus palabras; pero de verdad lamento que *dos* buena amiga Casta haya tenido la idea, *tercia prima*, rematada de casarse con don *Todo*, que es muy *don*, pero sin *blanca*. «Mira que no te conviene» varias veces le afirmaba; pero *prima* no ha hecho caso y colmó por fin sus ansias. Ya la cosa se ha cumplido y lo lamento en el alma. *Dos* saludo á don Ricardo, le besa los pies.—

Juan Rina.

MORENO.

Fuga de letras



Colocar letras en los puntos de modo que, leídas horizontalmente, expresen: De izquierda á derecha: 1.^a, letra; 2.^a, tiempo de verbo; 3.^a, nombre de mujer; 4.^a, pasión; 5.^a, objeto para esquivar; 6.^a, animal; 7.^a, idem; 8.^a, habitación; 9.^a, monja; 10.^a, interjección y 11.^a, letra. De derecha á izquierda: 1.^a, letra; 2.^a, interjección; 3.^a, nombre de mujer; 4.^a, ciudad; 5.^a, Secular; 6.^a, estampa; 7.^a, planta anua; 8.^a, órgano de movimiento; 9.^a, prenda de uniforme; 10.^a, tiempo de verbo y 11.^a, letra.

IGNACIO CANAS.

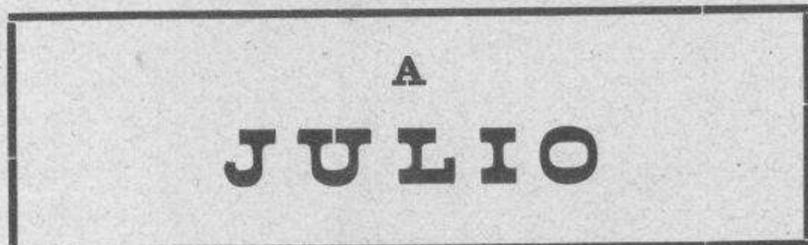
Cuadrado numérico

* * * *
 * * * *
 * * * *
 * * * *

Substituir las estrellas por cifras, de forma que, vertical y horizontalmente, sumen siempre 20.

P. TRULLOL.

Jeroglífico comprimido



DON GERVASIO.

Soluciones á lo insertado en el número anterior

CHARADAS. — Porquería, Máscara, Soldado.

TERCIO SILÁBICO. — AN - TE - RO
 TE - RE - SA
 RO - SA - RIO

CUADRADO. — ROSAL
 OTERO
 SECAR
 ARADO
 LOROS

LOGOGRIFO NUMÉRICO. — Macedonio.

TARJETA. — Teresa Mariani.

Correspondencia

T. V.—¡Caracoles! ¿Y donde ha visto usted que *onor* consuele con *violón*? *Violón* consueña con usted, y aun es mucho consonar. ¿Y qué tal, qué tal, joven, lleva usted chichonera?

Don Gervasio.—Hoy, porque estoy de humor, lo corrijo y lo insertaré. Si tengo que enmendar otro, irá al cesto.

R. M. D.—No es cuestión de atmósfera, sinó de atmósferas.

V. T.—La charada, sí. Lo otro... ¡cualquiera firma aquello...!

P. P. T.—No, señor, nó; aquí no damos lecciones, porque esas cosas se aprenden en la escuela cuando uno tiene siete ú ocho años á lo sumo, y según parece usted en eso de la edad es ya talludito.

El Abate C. Rezo.—Aunque á usted le parezca mentira, al abrir el sobre, su trabajo ha tomado la dirección de la papelera...

A. G. N.—Si en poco consiste que labre su felicidad, no quiero quedarme con ese escrúpulo de conciencia.

Cantar

A mi mona la señorita L.

Si yo te digo que te adoro
 puedes creerlo muy bien,
 no hagas caso de tu cuñado
 que está chiflado.

¡Chipél eso es gracia y lo demás música de organillo;

si la señorita L. no manda á paseo á su cuñado ni tiene alma, ni sangre, ni merece que usted continúe escribiendo cantares *sublimes*.

A. D. P.—Irán algunas. Gracias por sus finos ofrecimientos.

Rinoceronte.—¡Cómo, caramba! ¿Pero no se ha agotado aun la raza esa?

J. J. G. R.—Un epígrama y la charada sirven. Lo demás nó.

M. P.—El *Romance*, no está mal, pero no dice nada de particular. Aprovecharé el resto.

S. P.—No me parece mal; pero tendría usted que corregir los dos versos últimos. ¿No es verdad que son pobres de expresión? Y sin embargo están bien medidos. Consiste... pues consiste en la idea, en la pequeñez del pensamiento.

Juanito Corales.—Muy bonitos, pero muy bonitos. Pregunte usted á Novejarque si los conoce...

K. Milo.—No sé como decírselo á usted, pero... son muy malos. Perdone usted la franqueza.

Tric.—También usted es de la cepa de los graciosos:

Me estaba yo muy quietecito
 sentado á la falda de aquel monte
 que á mano derecha se descubre,
 conforme entra el tren en *Lequito*
 bebiéndose el azul del horizonte,
 y me estaba empinando la ubre,
 cuando se acercó un viejo y cavernoso
 me dijo ¿eres mortal ú oso?

En lo de mortal acertó, pero no en lo de oso, aunque bien veo que le obligó á dudar por la fuerza del consonante: que lo que debió preguntar es si era burro. ¡Pero qué sabiduría la de los poetas que nos revelan lo que nadie puede descubrir, que los hombres son mortales y los osos no: de donde se colige que todo lo que se había creído hasta ahora de la salvación y de la perdición eterna (salvo la de los vates, la perdición, que es segura) no reza con los honibres sinó con los cuadrúpedos, de que usted trata. Verdad es que no lo extraño, porque asegura que empinaba la ubre. que supongo no era tal ubre, sinó bota bien repleta de vino.

A. P. G.—Utilizaré alguno.

Pacífico.—Sólo puedo aprovechar los pasatiempos.

K. Nela.—Lo de usted no es malo... ¡es peor!

R. R.—¡Hombrel muy bonito. Lo hemos entregado á Rusiñol y piensa hacer un *Boceto*. Ya le mandaremos una copia...

N. Z.—Corriente, pero procure usted dar un aire más festivo y gracioso á sus composiciones.

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia

al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre. 6 pesetas.

Año. 11 »

Extranjero y Ultramar, un año. 17 »

Número corriente, 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. — Pago adelantado.

Establacimientio tipográfico «La Ilustración», calle de Valencia, 311. — Barcelona,



En el día de hoy
y en la noche
de hoy

En el día de hoy
y en la noche
de hoy

En el día de hoy
y en la noche
de hoy

En el día de hoy
y en la noche
de hoy

En el día de hoy
y en la noche
de hoy

En el día de hoy
y en la noche
de hoy

En el día de hoy
y en la noche
de hoy

En el día de hoy
y en la noche
de hoy

En el día de hoy
y en la noche
de hoy

En el día de hoy
y en la noche
de hoy

En el día de hoy
y en la noche
de hoy

En el día de hoy
y en la noche
de hoy



20 cents.

Núm. 454

